

¡San José, refugio de los exiliados, ruega por nosotros!

(Mt 2, 13-23)

“Era exiliado y me acogisteis”. Quien así habla es Jesús, que sufrió en sus propias carnes la infame injusticia del exilio. “Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”. **El exilio de Jesús fue una cuestión de vida y muerte, como lo sigue siendo hoy.** Bien pronto aprendió que “tenemos un cuerpo” (Heb 13,2) que puede ser herido y maltratado por los tiranos de turno, hoy convertidos en sistemas institucionales y mentalidades económicas “mentirosas y homicidas”. Él salvó la vida, pero muchos murieron, “entonces Herodes, al verse burlado por los magos, se enfureció mucho y mandó matar a todos los niños menores de dos años...” que siguen muriendo hoy porque se les impide salir de “este sistema (que) mata” (como dice el Papa Francisco). Desde su nacimiento, **como uno de tantos pobres de quienes apartamos el rostro**, indiferentes a su destino, **fue arrojado Jesús a las periferias existenciales de la pobreza y del exilio.** En la noche de los “sin papeles” y sin derechos caminó por el terrible desierto de los que solo son estorbo y problema para los “vividores” de los países ricos, esos fanatizados por el “espíritu impuro” del dinero (“Has venido a perdernos, Jesús” Mc 1,24); esos seres de corazón de grasa, insensibles, cebados por la “inmunda sordidez del egoísmo” (cf. Sant 5,5). “José se levantó, todavía de noche, tomó al niño y a su madre y partió hacia” Europa.

Gracias a Dios, que sigue enviando «José», verdaderos padres de los exiliados hijos de María en este valle “de capitalista desigualdad”; hombres y mujeres dispuestos a salvar a los exiliados –políticos y económicos– de todos los pueblos, por larga que sea la noche de esta maldita injusticia que no cesa... ¡San José, refugio de los exiliados, ruega por nosotros!

Como dice el salmista, “todos somos forasteros, como lo fueron nuestros padres” (Sal 39,13b). Sí, “todos ellos murieron sin haber recibido lo prometido, aunque viéndolo de lejos y confesándose peregrinos y forasteros en la tierra. Quienes así razonan demuestran que están buscando una patria (...) mejor, es decir, la celestial” (Heb 11,13-16). Los cristianos tenemos la ciudadanía del cielo

Alvar Miralles. 24-31 de mayo de 2020

(Flp 3,20). Exiliémonos, pues, de “este sistema (capitalista que) mata” y «padezcamos con Jesús “fuera de la ciudad”, cargando con sus afrentas –que hoy son las afrentas de los exiliados y emigrantes–, pues no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura» (Heb 13,13), donde habite la paz y la justicia.

Prefiramos, cristianos, ser maltratados con Jesús, el divino exiliado, prefiramos ser marginados, como Moisés, **con los exiliados políticos y económicos que pueblan las vergonzosas fronteras europeas...** “prefiramos ser maltratados con el pueblo de Dios al goce efímero del pecado... estimaba (Moisés) mayor riqueza el oprobio del Ungido que los tesoros de Egipto... Fue tenaz como si viera el Invisible”. ¡San José, refugio de los exiliados, ruega por nosotros!

